

Francisco Solano

El día enterrado

P A S O S P E R D I D O S

Diseño de cubierta: Editorial Pasos Perdidos S.L.
Imagen de cubierta: Martial Rayse, *Retrato de geometría variable, segunda posibilidad*, 1966
Maquetación: Daniel F. Patricio

© de esta edición, Editorial Pasos Perdidos S.L., 2018
© del texto, Francisco Solano, 2018

ISBN: 978-84-946593-4-8

Depósito legal: M-2901-2018

Impreso por Estugraf Impresores

Cualquier formato de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede hacerse con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

El tiempo y la campana han enterrado el día.

T. S. ELIOT, *Cuatro cuartetos*

I

Al iniciar esta fabulación, no puedo menos que recordar el tiempo en que escribir exigía tantear el sentido. Ahora su riqueza pertenece al comercio. No obstante quiero componer, con las viejas maneras, un crepúsculo que se oriente en la noche ciega.

El escritor que ocupa una posición sostenida, pero no privilegiada, en el entramado literario, obtiene una seguridad equívoca que deberá transformar en la energía que lo mantenga equilibrado en su rango. No todas las personas recelan del protocolo que deforma las facciones; y si en un ascensor sin espejo le invade a uno la sospecha de ser paciente de un experimento, el automatismo de las puertas, al llegar al piso, reconviene su delirio invitándole a salir del ascensor. Y qué alivio, en efecto, emigrar de ese cubículo a un pasillo de puertas alfabetizadas; la llamada del timbre, bajo la letra adecuada, si se llega a la hora convenida, recompone el estado de ánimo.

Pero ¿es necesario ser puntual? Se es puntual para demostrar que la voluntad, al menos en estas ligeras escaramuzas, puede imponerse sobre el extravío. Trasladar el cuerpo, con todas sus cavidades e inmundicias, a un lugar determinado, no en cualquier momento, sino a la hora concreta del día estipulado, delata empecinamiento en el futuro; presupone no disentir de la sucesión de los días y confiar en que, sobrecargada de trabajo, la policía no tenga nuestro expediente encima de la mesa. La autoridad no ha impuesto todavía la desertización de las calles o el toque de queda. No obstante, antes de llegar a la cita constatamos, una vez más, la palidez rosada de la gente religiosa —sin descartar a las mujeres que no se maquillan— y el extraño brillo que transmiten sus ojos, como una marca de pertenencia a otro mundo. No se puede salir a la calle sin tropezarse con afiliados a la mística, que aprovechan nuestra desazón para impartir una lección de verdad. Ciertamente lo hacen sin palabras, tan sólo ofreciéndose como modelos de serenidad, pero su pulsión didáctica es tan fuerte que, para evitar su influencia, hay que recurrir a la mordacidad, o buscar un bar para perdersenos.

La solución está en las puertas. Mientras haya puertas, habrá modificación del ambiente. Al abrir una puerta suprimimos un personaje y al cerrarla ya nos hemos convertido en otro. Cada ambiente tiene su propia presión; la atmósfera

configura el comportamiento e incluso determina los enunciados. La mayoría de las frases han sido prefijadas, de modo que, cuando llegan a la boca, el significado se anticipa a lo que queremos decir. El vocabulario insinuante de los dormitorios difiere de las proclamas del salón; en el cuarto de baño se habla poco, por deferencia a la corrupción o por la insinuación de la muerte en la saliva; en los restaurantes rige más la chanza que se desplaza para repetir la misma oración, hasta que alguien se levanta disculpándose: tiene un cita y no le conviene llegar tarde. Ya en la calle hay que saber moverse con soltura, pues allí todo es descuido o ensimismamiento. Atravesamos media ciudad y volvemos a casa sin un rasguño; es sorprendente, lo logramos no sólo un día, sino incontables días. Las puertas aguardan, hay puertas en todas partes, pero seguimos el trayecto como si no nos concernieran, obstinados en cumplir el pronóstico de cruzar la ciudad.

Llegaron a la comida —era preceptivo— con sus respectivas esposas; Rubén era el único desparejado; está en trámites de divorcio, circunstancia que nadie ignora en la oficina. Su mujer había asistido a todas las celebraciones de empresa —en las que se invitaban a las esposas— de los últimos años, y destacaba por sus llamativos vestidos, alguno en el límite de la conveniencia, lo

que sobresaltaba a los varones; y si se soltaba la cabellera también perturbaba a las mujeres. A su marido esa exhibición no le ofendía; al contrario, aprendía paciencia, y le reconfortaba que ella lo buscara con la mirada para confirmarle, con una sutil elevación de cejas, la molestia de tener que hablar con sus compañeros de trabajo, a quienes sin excepción tildaba de engreídos, mientras ellos creían presentir, a través de su sonrisa y sus grandes ojos verdes, una simulada promesa.

Ella no podía dejar de sonreír; ha sido educada para ser socialmente amable; y, aunque nunca interpretó de buen grado su papel de portadora de la gracia, nadie adivinaba su fastidio. Se veía a sí misma, en esas ocasiones, igual que una corista después de una función, más liviana que notable, pero con la seducción de una joya. Y los hombres la contemplaban como el engaste a la perla, ansiosos de enlazarse alguna vez en su cuerpo.

Quedan por cerrar algunas cajas en la habitación prevista para los niños —niños que no llegaron—, llena de objetos personales y ropa de su marido. Los espacios comunes, el salón, el dormitorio, la salita de la televisión, no transmiten el orden de una señora de gusto transigente, a quien no le desagrada conservar las falsas alfombras persas del marido, ni ver cada día los cuadros de un artista —amigo de la casa— exasperadamente sombrío

que pinta cuerpos sin cabeza de doncellas y guerreros medievales, arrojados a la orilla de un río. Se ha detenido en el pasillo, delante del cuadro más dramático, y se ha puesto a contar los cuerpos decapitados: ocho parejas trabadas, las piernas de las doncellas atraviesan el torso de los varones, las manos de los guerreros surgen de las nalgas de las muchachas; el río es apacible, sin embargo, y al lado de unos abedules hay una mujer madura, desnuda, esquelética, desvaneciéndose tras la ejecución. La mujer se siente ligada a su destino, y se ve a sí misma decapitada.

Es probable que la ruptura matrimonial sea la causa de su identificación. Pero acaso también influya seguir en bata a las cinco de la tarde, desarreglada, un tanto indecente, con el pelo mal recogido en un moño que le da un aspecto de mujer desequilibrada. Ella es una dama y debería serlo siempre.

El hombre que aún es su marido salió temprano hacia la oficina; ella le oyó levantarse del sofá, donde durmió, y entrar en el cuarto de baño; escuchó los ruidos aborrecibles de la cisterna y una exclamación que no pudo entender; y al salir él no cerró la puerta con discreción, sino con estrépito. Había pasado la noche dando vueltas, despertándose una y otra vez, y al oír cerrarse la puerta agradeció quedarse sola. Durmió hasta que la luz, al mediodía, llenó la habitación de una transparencia soleada.

Se levantó despejada, pero con tan pocas ganas que no se desprendió del fastidio de tener que levantarse. Así que tomó, de pie, un café instantáneo en bata y despeinada, moviéndose por la casa sin reconocerla del todo, pese a haber sido su domicilio durante diez años. Fue a la habitación de los niños futuros, ahora imposibles, y contempló el montón de cajas con una expresión anonadada que ella hubiera deseado de ultraje para sentirse dramática, acorde con el personaje que estaba interpretando. Trataba de averiguar cómo habían llegado a ese estado de desafecto y hostilidad, en qué trampa de la humillación habían caído, por qué ya no se hablaban; y, si lo hacían, por qué el tono, en ese caso, era de irritación y reproche, y por qué ahora era incongruente, violento, coincidir en la casa, y han resuelto separarse; él irá a un apartamento, en la misma zona de la oficina, y ella se quedará en esta casa, para seguir cerca del domicilio de sus padres ancianos.